

LAS  
ESTEPAS  
DE AVOK

LOLA BASAVILBASO GOTOR  
LUIS CONSTANTE LUNA



*A los que perseveran*



Hace tiempo supe de un camino de vida y muerte que seis ilanos recorrieron en las estepas de los kitanna. Tierra de atardeceres, yermo feroz donde la escasez curte el espíritu y el hombre no puede sobrevivir sino a lomos de las bestias, no hallaron allí piedad alguna ni humanidad entre las gentes que encontraron. Pues no hay en las estepas de Avok más orden que el que proveen las armas.

Lo que nunca llegué a saber, ¿acaso podría hacerlo?, es cómo se fraguó su desgracia.

A veces, sin embargo, cierro los ojos y creo viajar hasta allí, y puedo ver cómo todo cobra forma y, de alguna manera, sentido...



De las faldas de las Montañas Rojas desciende un viento brioso que anuncia los rigores del invierno. Su aullido golpea las ruinas de una ciudad en penumbra, testimonio del atrevimiento de hombres más antiguos a los que la estepa derrotó y entre cuyo recuerdo hace tiempo que anidó la brutalidad. Su frío batir levanta la tierra árida y sacude las lonas que se desperdigán entre muros y columnas quebradas, arrancando el resoplido inquieto de los caballos y sumiendo a los hombres en el silencio. A su paso danzan las llamas de hogueras y antorchas y se agitan las sombras que envuelven los rostros impacientes de los odemi.

Muchos permanecen sentados en torno a los fuegos, compartiendo pieles y leche caliente de yegua; algunos se atreven a romper el silencio y murmurar con quien tienen cerca y los más inquietos aguardan de pie o deambulan ceñudos. Solo unos pocos se deciden a levantar la vista hacia la antigua pirámide cuya silueta, semejante a la de una montaña, se alza imponente ante ellos. Las hogueras del campamento apenas permiten distinguir el arranque de la ruinoso escalinata que conduce hasta lo alto, donde se adivina el fulgor rojizo de un fuego solitario.

Allí en la cúspide, bajo la atenta mirada de las estrellas, permanece desde el ocaso la vieja kamu atendiendo los designios de su dios. ¡Qué loca y qué ciega! No comprende lo que ha vislumbreado, pero a los pies de la pirámide todos los hombres y mujeres de la tribu de los odemi aguardan su augurio.

En uno de los grupos reunidos en torno a las hogueras, un anciano lanza una y otra vez las tabas en un cuenco con un entrechocar nervioso. Las deja caer, las observa con ojos cansados, las recoge y vuelve a lanzarlas para recogerlas y lanzarlas de nuevo. Quizás al principio tenía la esperanza de leer en ellas lo que la hechicera está a punto de anunciarles, pero ahora, tras el paso de las horas, no son más que un mero pasatiempo.

Los huesecillos vuelven a sonar entre sus manos nervudas, pero apenas caen al cuenco el hombre a su izquierda los arroja al fuego. Un cruce de miradas basta para que ambos se levanten echando mano a los cuchillos. Los guerreros a su alrededor los contemplan agradeciendo la distracción. Pero antes de que las hojas lleguen a abandonar las fundas un rumor creciente desvía la atención de todos.

Entre las hogueras avanza un hombre de gran tamaño. Los que permanecen de pie se apartan a su paso y quienes aguardan sentados rehúyen su mirada.

Es Āka, el Cazador de hombres, y me estremezco al verlo.

En su rostro tizado los ojos afilados reflejan los fuegos del campamento, lleva los lados de la cabeza rapados y la larga cabellera negra cae por su espalda como la crin de un caballo. Algunos huesecillos y adornos de bronce brillan al caminar entre la luz de las llamas y sus armas tintinean amenazadoras con cada zancada.

Al llegar ante la escalinata de la pirámide se detiene y alza la vista. La vieja kamu desciende al fin, acompañada de algunas muchachas que la sirven y aprenden de ella.

La anciana se detiene en el último escalón. Es pequeña y enjuta, pero una retorcida fiereza asoma en su rostro surcado de arrugas. Levanta la mirada hacia el guerrero y con el dorso de la huesuda mano se limpia la sangre todavía fresca que le mancha el mentón.

A una orden suya, el caudillo se vuelve hacia los odemi.

—Ura va a hablar.

La tribu se agolpa a su alrededor bajo la sombra de la montaña de piedra. Ura la kamu pasea la mirada sobre las decenas de rostros inquietos y su boca se tuerce con desprecio.

—Avok está furioso. Avok está dormido. Su fuego ya no protege a la tribu de los odemi. Es su sombra la que nos observa ahora. —Abre los brazos y alza la barbilla—. El Devorador consumirá nuestros espíritus, consumirá nuestros cuerpos, acabará con todo.

Entre los hombres surge un murmullo nervioso que Ura deja extenderse con una sonrisa.

—¿Por qué el dios nos ha dado la espalda, oh, kamu? —se eleva titubeante una voz.

La anciana vuelve a sonreír ante la pregunta que esperaba.

—Avok os desprecia. Hubo un tiempo en que la tribu de los odemi era valiente y no temía extender su fuego y alimentarse del miedo de sus enemigos. Pero las alianzas con las tribus del este os han hecho débiles como los hombres que construyen ciudades. Avok se ha dormido y os ha dejado solos con el Devorador.

El murmullo se transforma en un desordenado griterío. Los hombres hablan entre sí desconcertados, tratan de encontrar entre los más cercanos una explicación a las palabras de su kamu; algunos se llevan las manos a la cabeza y profieren súplicas y maldiciones mientras otros alzan los ojos temerosos al cielo plagado de estrellas.

Ura lanza una mirada al caudillo antes de hacer ademán de marcharse.



—¡Callaos! —ruge Āka, y el silencio regresa de golpe.

La anciana se detiene.

—¿Qué hemos de hacer, oh, kamu? —le pregunta él.

Todos la miran. Ella extiende la mano hacia lo alto de la pirámide, donde todavía se adivina el resplandor de un fuego languideciente.

—Solo hay una forma de aplacar el hambre del Devorador —dice—. Debéis alimentarlo con carne sagrada.